



LOU ANDREAS-SALOMÉ

# El erotismo

*Prólogo de Ernst Pfeiffer*



Más recordada por su vinculación con personajes famosos - desde su conflictiva relación con Nietzsche hasta su apasionado romance con el joven Rilke o sus estudios con Sigmund Freud- el deslumbrante y complejo personaje que fue Lou Andreas-Salomé simboliza el combate de las mujeres de todos los tiempos, y especialmente del que le tocó participar, frente a las convenciones y principios ideológicos de su época.

Escritora, filósofa, luego psicoanalista, destacó como figura central en la Europa de finales del siglo XIX y principios del XX y no eludió ni el desafío personal o social ni la polémica dentro del mundo de la cultura; de insoslayable belleza, consideraba la independencia como la única manera de detonar el movimiento, más que intelectual, espiritual.

En los cuatro ensayos que reúne este volumen, y sobre todo en el que da título al libro, Andreas-Salomé pone de manifiesto su libertad de pensamiento al analizar temas tan expuestos al debate sin ninguna clase de prejuicios y en disidencia, inclusive, con el feminismo ortodoxo. Lou Andreas-Salomé es la voz de la inteligencia y la sensibilidad femeninas en el gran movimiento de transformación cultural centroeuropeo del cambio de siglo. Sus reflexiones, valientes e incisivas, sobre la condición de la mujer, mantienen hoy todo su valor y su capacidad de sugerencia.

## PRÓLOGO

Los cuatro ensayos escritos por Lou Andreas-Salomé publicados aquí, que aparecieron antes en tres revistas diferentes y se redactaron en tres momentos distintos, cobran por primera vez su unidad interna en este conjunto que podría quedar ensombrecida por su diversidad temática y su peculiar intencionalidad.

El primer ensayo, «El ser humano como mujer», se refería a la inmediata actualidad de entonces, pero ciertamente también la desborda y va más lejos. Es como un memorial de agravios, un apasionado escrito de defensa fundado en la realidad sobre la naturaleza e igualdad de la mujer, no para su «autojustificación». Es una «reflexión inoportuna».

El segundo ensayo, «Reflexiones sobre el problema del amor», trata esta cuestión pero no de forma teórica, como podría sospecharse por el título, sino que la expone con plena franqueza y sin tapujos para concluir en la trágica naturaleza del amor entre ambos sexos.

El tercer escrito, «El erotismo», que es más bien una investigación, se caracteriza sobre todo por su aportación de contenidos más que como un trabajo planeado dentro del propio ámbito de las relaciones naturalmente sexuales y sociales. Su cariz es el de una visión de conjunto.

El cuarto texto queda definido únicamente bajo su título de «Psicosexualidad», y se singulariza por su matiz y su actitud de apología.

Pero el aspecto que conforma, e incluso determina de forma decisiva la aparición de los cuatro escritos, radica conjuntamente en tres encuentros personales de Lou Andreas-Salomé de índole muy distinta.

En el caso del cuarto texto, titulado «Psicosexualidad», la ocasión es manifiesta: sin el encuentro con Freud, sin el interés por sus doctrinas, Lou Andreas-Salomé no habría podido escribirlo.

El ensayo «El erotismo» presupone el haber conocido a Martin Buber, quien luego sería el gran fundador del «humanismo judío». Por la impresión que le produjo el primer escrito aquí publicado, en abril de 1906 Martin Buber se dirigió a Lou Andreas-Salomé para pedirle una colaboración para su revista *Die Gesellschaft* sobre el tema de «la mujer» en la forma de una «exposición de los cambios en las relaciones entre los grupos de mujeres y entre sus elementos y los de otros grupos sociales y antropológicos». Esa era su vocación. Cuando ella, y ya en el año 1910, tras varios intentos y borradores según se revela en su diario, envía su manuscrito, Buber contesta: «... ¡eso no es un artículo, eso es todo un auténtico, puro y duro trabajo!». Buber se limita a poner reparos al título (al que no obstante se aferra Lou Andreas-Salomé): «... es como si se quisieran compaginar los elementos de *El Banquete* de Platón, que siento más cercanos a mí, con los de la *Ética* de Spinoza, que me son más ajenos; para mí *Eros* y *affectus* son igualmente una cosa diferente...». No obstante, «son lo mismo para los hombres que en nuestro tiempo son conscientes y cuentan con el humillante poder hesiódico».

Al asentir al hecho de que los dos primeros textos (si bien nada en ellos apunta a vivencias inmediatas) se deben únicamente a la relación amorosa con Rilke y a sus resonancias, no se habría dicho con ello nada definitivo. Y si incluso se precisara más, concretamente que el primer ensayo, «*El ser humano como mujer*», fue escrito a finales de febrero de 1899, antes del primer viaje a Rusia (primero con el título de «*Los dos como uno*») y no por tanto en la fase de la plena unidad, y además que el ensayo «*Reflexiones sobre el problema del amor*» se escribió tras el segundo y gran viaje a Rusia, y por ende tras la conclusión de la relación

*sentimental, no por ello se tendría la medida con que ambos textos deben medirse. Tal vez deberían entenderse como una expresión de los grados de experiencia.*

*Lou Andreas-Salomé tenía ya casi cuarenta años cuando escribió estos ensayos, y no obstante no son testimonios de un saber posado, ni un producto definitivo, sino más bien expresión de intuiciones hechas posibles.*

*Debe tenerse presente que ella, de joven muchacha primero —en una repetición de su experiencia básica: la desaparición de una infantil imagen de Dios—, sintió cómo se esfumaba súbitamente su amor y veneración por Hendrik Elliot cuando él, el «hombre-dios», la cortejó, y que luego también su amor por F. C. Andreas tuvo esos mismos rasgos de lo «arcaico»: tras poco más de un año de matrimonio, en octubre de 1888, ella escribe en su diario que el matrimonio es un arrodillarse ante el «poderoso», antes que una unión de amor. No hace falta preguntarse por el proceso: diez años después, en la primavera de 1897, por el encuentro con el joven Rilke pudo convertirse regularmente en palabras cuanto se halla en nuestros textos.*

*Merece especial mención el hecho de que el ensayo «El ser humano como mujer» presenta su tema antropológico en relación a la investigación de la época, incluyendo la impresionante popularización de la misma gracias a Wilhelm Bölsche en *Liebesleben in der Natur* (Vida de amor en la naturaleza). Por estos conocimientos Lou Andreas-Salomé se sintió corroborada en su concepción sobre el equilibrio en la balanza de la creación entre hombre y mujer. Y su postura en la distribución de capacidades se muestra en que, en una actitud «hereje» con respecto al movimiento feminista, renuncia a reivindicar para la mujer un igual poder de creatividad intelectual si bien, incluso refiriéndose a una «visión retrospectiva de su vida», utiliza la expresión de «engendrar» referida a la maternidad. Su duda sobre el sentido de la «progresividad» de la mujer se plasma en su mayor claridad en una conversación mantenida con Käthe*

Kollwitz durante la redacción de su ensayo «El erotismo»: ella lamenta por distintos motivos «que por el movimiento en pro del amor libre se quebranta en las muchachas de estamento medio una costumbre que a lo largo de siglos —y vale llamarla esclavitud— conllevó un valioso autodomínio, y ese patrimonio de autonomía se ha perdido a lo largo de unas pocas generaciones cuando precisamente ahora podría haberse promovido su florecimiento y eclosión». Y añade: «Una encuesta íntima entre aquellas que viven castas, incluso en su fantasía, revelaría cosas sorprendentes».

En cuanto al texto del «Problema del amor», debería reseñarse que Lou Andreas-Salomé intervino en la discusión entonces de moda sobre el «egoísmo» al redactar, por requerimiento, un ensayo sobre «El egoísmo en la religión» para un cuaderno monográfico con el mismo título de egoísmo. «Las dos corrientes antagónicas que superficialmente nos impelen a una escisión fluyen, en cambio, juntas en una única corriente genuina en la profunda y oscura forma básica de lo erótico». Y en este sentido las afirmaciones de Lou Andreas-Salomé hacen olvidar todas las palabras nacidas del oportunismo y de la parcialidad.

Se podría creer que el cuarto ensayo, el que tiene una intencionalidad más neta, no tiene nada que ver con el precedente. Lou Andreas-Salomé se confiesa ahí únicamente como una adicta a Freud. Este texto, sin embargo, remite a lo anterior e incluso cierra un círculo. Ahí no se piensa tanto en los precedentes que se hallan expuestos en «El erotismo» sino que el oculto punto de conexión radica justamente en el ensayo sobre «El problema del amor»; y no tanto en el conjunto de las manifestaciones de Lou Andreas-Salomé como en los detalles especiales ante los que se hallaba en su amor por Rilke (precisamente por su problemática interior e indescifrable para ella) y que le hizo hallar el camino hacia Freud. En la «visión retrospectiva de su vida» ella afirma que además de su ascendencia rusa, otra cosa la predispuso en su receptividad para el encuentro con la psico-

*logía profunda de Freud, es decir, «el convivir y participar del carácter extraordinario y singular del destino personal de un individuo», de Rilke en concreto.*

*En una carta del 22 de noviembre de 1917 Freud hace el siguiente comentario sobre nuestro texto: «De nuevo me siento asombrado por su nuevo arte de síntesis que vuelve a juntar y recubrir con fibra viva lo que el análisis convirtió en disjecta membra (miembros separados)».*

*Cabe reseñar además que estos cuatro textos, cada uno de los cuales fue escrito como sin saber del otro y que, sin embargo, forman en lo hondo una unidad, llenan necesariamente la laguna existente entre el semiolvidado primer libro de Lou Andreas-Salomé sobre Friedrich Nietzsche en sus obras y sus últimos escritos epistolares autobiográficos.*

*Para respetar la unidad de la edición (con modernización de la escritura del texto alemán y ligeros retoques de corrección) se ha dejado sin comentar el cuarto texto; se puede investigar en «la escuela de Freud», o incluso en el mismo Freud; pero en definitiva, lo esencial de un texto es justamente su propia expresión.*

ERNST PFEIFFER

## EL SER HUMANO COMO MUJER

### UN BOSQUEJO DE SU IMAGEN<sup>[1]</sup>

Para consternación de toda emancipación de la mujer, o de cuanto así se llame, uno no puede menos de pensar hasta qué profundidad ahonda el elemento femenino en la raíz de toda vida como el menos desarrollado, como indiferenciado a la vez que, precisamente por ello, cumple su finalidad más eminente. La pequeña célula masculina aparece, sin perjuicio de su pequeñez y justamente por esa misma pequeñez que la hace desvalida, ya desde el inicio como la diminuta célula nacida para desarrollarse, como algo insatisfecho en busca de ulteriores fines en un laborioso proceso de desarrollo impelido por el empuje y la necesidad. Se bosqueja como una línea que progresa siempre hacia adelante y de la que nunca se podrá decir si le queda todavía algo por alcanzar, mientras que el óvulo femenino se muestra como algo cerrado, como un círculo que no se abre hacia fuera. ¿Y para qué? Es como si en su mismo interior poseyera su propia patria natural, en un todo que es radicación de sí mismo; como si nunca hubiera dado los últimos pasos hacia el exterior, hacia lo extraño, hacia el vacío, hacia las mil posibilidades de existencia y de vida en el exterior; como si estuviera aún inmediatamente ligado a las totales e infinitas facetas del todo, cerrado todavía ahí como en un suelo primitivo y básico. Y justamente por eso la armonía intacta radica tan elemental y primitivamente en lo femenino: esa seguridad y colmación del círculo, esa plenitud y compacidad serena en su gran redondez condicional, provisional. En su interior se albergan la autosatisfacción y



el autodomínio, en sus más hondas intenciones del ser, que sin sumirse en la intranquilidad y el desasosiego se despliega hasta los contornos más extremos a la vez que desintegra y rompe todas sus fuerzas en unos impulsos siempre más fuertes y punzantes. Lo que primero estaba cerrado puede ahora partirse en unidades, en la belleza más armónica, que se reproducirá en las nuevas con toda la belleza plena del conjunto unitario. Y ahí lo femenino se comporta frente a lo masculino como un reducto aristocrático, en el más noble de los sentidos, que se crece dentro del entorno de su propio castillo, de su terreno patrio, con un futuro rico y seguro, que a medida que avanza se dilata, ve propagarse en torno los ideales de una última belleza, de una plenitud —algo así como la línea del horizonte ante el caminante, donde cielo y tierra parecen conjuntarse en una lejanía inconmensurable que retrocede a la par que el caminante avanza.

Hay dos formas de vivir, dos formas de dar a la vida todo su despliegue que sin la división en sexos habrían de seguro quedado en el nivel más profundo, pero que es en vano discutir cuál de las dos formas tiene mayor valor o importancia: si aquella cuyas fuerzas se expanden, o la otra que contornea su centro y ambas se completan así en la esfera de su autolimitación. Ambos mundos, que han sido tan complicados con su pujante desarrollo, no se pueden concebir, como por desgracia ocurre a menudo con tantos malentendidos, en dos mitades de una misma cosa: como por ejemplo las expresiones populares de lo femenino como el recipiente puramente pasivo y lo masculino como el contenido creativamente activo. Si uno piensa en el proceso como en el ser humano se unen las células masculinas y femeninas en el acto sexual, la frase popular sobre progenitor y recipiente se hará todavía más dudosa en su origen. Hombre y mujer, como signo de su madurez y crecimiento, de un crecimiento que ya desborda de sí mismo, unen sus células, que producen un nuevo embrión de ser humano,

que a la vez contiene dentro de sí un trozo de su padre y de su madre. Ahí de nuevo el óvulo de la madre es el cuerpo más grande, mientras que la infinitud de espermias masculinos, uno o dos de los cuales penetran el óvulo, son el elemento más móvil: ambos representan la esencia de los sexos participantes. Aparte, sin embargo, de la aportación creadora de igual valor a la generación del niño, viene el plus de la aportación femenina por el hecho de que en los animales superiores el niño madura en el organismo de la madre. Luego de formarse la cría por la aportación de los materiales masculinos y femeninos, el ser humano femenino es el lugar de ulterior desarrollo, el seno de la madre como el seno de la tierra madre, donde está enterrada la semilla del hijo para nutrirse y aflorar a la vida. La imagen de engendrar el hombre y concebir la mujer se cae por los suelos: se produce involuntariamente una confusión entre el lugar, o concretamente el local del albergue del bebé, y la aportación típicamente masculina y femenina. La circunstancia puramente local de que en la cópula el semen masculino penetra en la mujer, que ésta lo recibe, es algo que propicia la confusión, pues el cuerpo de la mujer sólo albergaría el lugar de crecimiento para ambas partes. En realidad lo que de hecho ocurre es que el óvulo no sólo tiene tanto poder de engendramiento como el semen sino que ha fabricado todas aquellas células que son portadoras de toda generación primitiva «asexual». Este es precisamente el elemento primitivo de la actividad reproductora suficiente en los seres primitivos para la multiplicación, en cuanto por sí mismo se rejuvenecía y fructificaba hasta que más tarde, en una fase de desarrollo superior, se hizo necesaria la conjunción de diferentes células; y como algo ya más secundario, el total del proceso fue proporcionado por las células sexuales masculinas.

La menor diferenciación de lo femenino es a la vez su capacidad creadora, y sería posible demostrarlo tanto en lo físico como en lo psíquico. Es la parte que dominadora-

mente debe cerrarse en lo suyo para que el otro, el macho, pueda insertarse en un ulterior desarrollo; es ahí donde el otro elemento más diferenciado vuelve una y otra vez donde debe hundirse para seguir viviendo.

Una concepción distinta de lo femenino comete constantemente el mismo fallo, tanto si lo considera como parte pasiva o como mero anexo al hombre, tanto si se da peso a lo maternal, como al aspecto de una concepción, embarazo y parto pasivos, todo produce las mismas falsas consecuencias, y todavía hoy se pueden encontrar representantes de tales ideas entre las promotoras de la emancipación. Justamente como los demás, ellas también pasan por alto que la mujer es ante todo un ente completamente autónomo y todas las otras relaciones se derivan de ahí. El encuentro de los sexos con todas sus implicaciones es el resultado de dos mundos autónomos entre sí, de los cuales uno aspira a la concentración de sí mismo mientras que el otro prefiere la especialización de sí mismo, lo que les capacita a crear, por mor de su capacidad, a engendrar un tercer mundo altamente complicado, y así unirse felizmente y apoyarse mutuamente en todas las facetas de la vida.

En lo físico, y concretamente en la experiencia maternal, el fecundo antagonismo entre seres aflora como algo claro y típico, pues si bien ahí el varón es la parte más agresiva y emprendedora, tan sólo tiene una participación momentánea y parcial en el conjunto del proceso y actúa en una prestación individual de sí mismo para vivir así en una progresiva especialización de sus fuerzas que puján por intervenciones siempre singularizadas: todo su valor está ahí, en lo que brinda y desarrolla. El ser femenino, en cambio, que mantiene su unidad sin desperdigarse, se serena y reposa en el hecho de identificarse con lo que ha absorbido; ello da plenitud a su ser, que no se dispersa en actuaciones aisladas y especiales para un objetivo exterior, sino que se compenetra con lo que crea, se colma con algo que apenas puede llamarse una acción pues consiste en que de su vida,

vivida como una unidad, de nuevo emana y se irradia otra vida vivida como unidad. Y así la mujer en la experiencia materna sigue siendo el suelo que nutre la pequeña doble semilla dentro de sí, para sacarla cuando ya no es una parte, un hecho, una actuación de los padres, sino un ser humano pleno y a su vez capaz de reproducirse. Y por ello lo materno es un símbolo de la psique femenina en todas sus manifestaciones externas, en todos los campos, puesto que en ella hacer y ser están mucho más íntimamente ligados que en el hombre, el ser siempre anhelante, el ser que se desperdiga en lo que vendrá. En ella ser y obrar coinciden y todas las acciones individuales no son sino un sereno y satisfecho acto de ser en sí mismo; y, así, para la mujer en la vida «cuenta lo que es, no ya lo que hace».

En esa diferencia de los sexos radica y se oculta un singular doble aspecto de su relación que convierte a la mujer a la vez en dependiente y en independiente del hombre, como lo es él de ella. La mujer es por ello el ser humano más físico de ambos, pues vive mucho más inmediatamente ligada a su propia *physis* y en ella se evidencia más claramente el fin último de un hecho que también es válido para él: que toda la vida, incluso la vida espiritual, no es más que una floración, transformada y refinada, de la gran raíz del existir sexualmente condicionado, una sexualidad sublimada, por así decirlo.

Y justamente por ello la vida sexual en la mujer aparece en su pleno sentido físico, no como un simple impulso aislado, sino como algo que lo penetra y anima todo, que se identifica con las manifestaciones totales de la mujer y precisamente por ello no se muestra tan localizado, especializado en su empuje como ocurre en el hombre. Y se llega así a la evidente paradoja de que la mujer, en virtud de su condición sexual, es el sexo menos sensual en el sentido reducido de la palabra. Psicológicamente hablando, no es un error pues medirla en este campo con una medida distinta de la del hombre. En la mujer deben producirse variaciones

más profundas que en el hombre para que, por ejemplo, pueda establecerse un atisbo de conexión entre liberación sexual y la de todo el ser humano pleno, como ha sucedido a menudo en el caso del varón. El varón, que es capaz de una tosca satisfacción momentánea de su sensualidad sin el menor sentimiento por sus demás pasiones, emplea para este fin —o hace mal uso, si así se quiere— su disposición corporal altamente diferenciada que le hace posible el ejercicio aislado de una actividad mientras todo lo demás parece quedar como desvinculado. Ese proceder mecanicista, más bien automático precisamente ahí donde nuestros sentimientos han situado lo más íntimo, lo más espiritual, es lo que da a todo el proceso su aspecto más odioso; una odiosidad que engloba todas las fases y procesos de aquella acción dentro de una visión de algo desproporcionado, carente de armonía.

El ser indiferenciado de la mujer, el anhelo todavía no apagado en ella de una relación siempre más íntima e intensa de todas las pasiones, asegura al erotismo de la mujer su más honda belleza; ella vive lo erótico de otra forma, su *physis* y su *psyché* lo reflejan de forma distinta y por ende debe ser juzgada con criterio distinto cuando esa belleza no queda intacta.

No es casual que sea cabalmente la mujer la que es despertada al anhelo amoroso únicamente después de la experiencia sexual y la que sabe y conoce toda una gama más rica de posibilidades al margen de esta experiencia; la denominada «pureza» de la mujer siempre ha sido entendida falsamente como algo negativo, y por ende para los hombres libres a menudo ha tenido el resabio de puras quimeras artísticas, de clausura o prejuicio. Y en realidad tiene su lado positivo: y es la feliz unidad que la mujer posee todavía, mientras que en el varón las diversas pasiones del alma y los sentidos siempre se disgregan y dispersan al igual que varios exploradores en una ramificación hacia el futuro. Por esa carencia y a la vez ventaja, y radicalmente por eso,

la mujer se distingue al poseer ella la mayor autonomía en lo sexual, dentro de su íntima independencia y en íntima compenetración con su autonomía: esa gran libertad frente a todo lo que existe fuera de ella. La mujer vive lo sexual constantemente en la estructura de todo su pleno ser como algo que estuviera guardado por cien puertas de oro y con cien caminos seguros; ella vive una elevada vida sexual no sólo en lo estrictamente tal, sino también en el más amplio y común sentido, incluso fuera del estricto ejercicio de sus funciones femeninas y maternas. Dentro de esas funciones su mundo se transforma pero siempre de forma que de lo sexual en su propia vida emerja siempre algo nuevo para su vida total, una nueva existencia, en cierto sentido, desde la que todo debe iniciarse inocente, infantilmente, como en el primer día.

Y al ser esto así, al irradiarse sobre lo femenino ese singular gozo de lo eternamente virgen y lo eternamente maternal, las palabras «pureza», «honestidad» y otras semejantes no denotan algo negativo, sino todo el esplendor y el pleno señorío sobre un mundo al que muchos consideran parcialmente cuando lo hacen sólo con los ojos del hombre consciente de su sexualidad. La relación entre la virgen y la madre es espiritualmente más profunda que cuanto pueda desprenderse del proceso de virgen a madre. Los períodos de proceso entre ambas, aun cuando no desemboquen en la maternidad corporal, cobran todo su sentido interior por estas dos formas de ser en las que ella vive, y por ello el amor del varón halla su honor más profundo cuando él siente y consigue no sólo intuir sino también convivir esos mundos misteriosos en los que la mujer se halla sumida.

En la mujer lo sexual coincide con lo psíquico: lo positivo de su vivir no debe verse tanto en lo concreto de su actuación íntima como en el caso del varón, cuyos impulsos y actuaciones hacia el exterior responden a unas necesidades concretas. Y todo el fenómeno espiritual, hasta hace poco se ha visto sólo parcialmente, sólo en su funcionamiento

hacia el exterior, fisiológicamente. Una nueva luz, que a menudo se pierde en los vericuetos, empieza ahora a iluminar el organismo humano en su conjunto; pero atisbos aparte, conocemos pocos hechos con certeza: que aparte de las glándulas de secreción exocrina externa hay en nuestro cuerpo otras, desconocidas hasta el presente, cuyas secreciones internas descubren las investigaciones clínicas, de forma que entre las glándulas que por medio de la sangre influyen en los tejidos corporales están también las sexuales. Estas poseen (igual que las glándulas salivales) una secreción doble, interna y externa, por las que se producen admirables resultados: por ejemplo, el mantenimiento de los caracteres sexuales tras una castración que sólo anule la función externa, y además en la castración de mujeres la curación de las serias perturbaciones de la salud que a menudo se derivan de ello se logra por medio de tabletas oviales, o sea, comprimidos de tejidos de ovario en forma de medicina. Además de la importancia física de las glándulas sexuales, sabemos de su primordial significación tónica para todo el organismo, que las convierte en un recurso de acopio de fuerza para el sistema nervioso. Y ha dejado ya de ser un secreto que, aparte de su valor general como tónico, las glándulas sexuales influyen en el cerebro por medio del sistema nervioso periférico. En el amplio campo de lo psíquico se empiezan a recoger datos sobre la relación psico-espiritual de lo sexual, resultados puramente psicológicos que conllevan el descubrimiento y la exploración de miles de posibilidades individuales psicológicas, y en ello la mujer sirve como material de investigación, y no el de menos valor. Cuando se haya producido mayor luz, cuando las aportaciones sean más brillantes y se pueda trabajar más estrictamente, tal vez entonces la mujer aparezca por primera vez como un ser sexual en toda su plenitud.

Cuanto la mujer enferma o perturbada en su equilibrio ha confesado al médico o al psicólogo por sus estados de ánimo, bien podrían haberlo manifestado más claramente